

por el pudor. Téngase en cuenta, además, que el sueño en cuestión alecciona sobre la amargura que sigue al deleite (“non vi tan dulce cosa, mas agra a la dexada”). La mención de la saliva reaparece en el soneto de Góngora “La dulce boca que a gustar convida / Un humor entre perlas destilado”, lo que podría añadirse al apéndice IX. Pág. 567: la edición de González-Llubera, publicada después de haberse redactado el libro de Castro, corrige la lectura “fino gusano” en la estrofa 60 (antes 44) de los *Proverbios morales*. Pág. 572: la visión lúgubre del mundo está representada en la literatura castellana antes de que se incrementasen las conversiones de judíos, como simple muestra del ascetismo medieval. Dentro de la tradición cristiana occidental, empapada, claro está, de pesimismo bíblico, están la *Disputa del alma y el cuerpo*, el *Libro de miseria de omne*, el *Rimado de Ayala* y la *Revelación de un ermitaño*, influidos por poemas franceses, Inocencio III o San Gregorio Magno.

Pongamos fin a esta reseña, cuya longitud sólo se justifica por la excepcional importancia de la obra reseñada. Nadie que se interese por el alma, pasado y creaciones de los pueblos hispánicos podrá prescindir en adelante de *España en su historia*. Inicia una nueva y fecunda manera de historiar; plantea fundamentales interrogaciones respecto al vivir hispano y las resuelve con acierto; es libro vivo e incitante, y por eso mismo suscitará polémicas. Llega cargado de ideas y obliga a meditarlas. Bienvenido sea.

RAFAEL LAPESA

Universidad de Madrid.

PABLO CABAÑAS, *El mito de Orfeo en la literatura española*, Madrid, 1948, 415 págs.

Mucha erudición de primera mano ha puesto en juego el autor de este libro para seguir a través de nuestras letras la trayectoria de un mito tan fecundo en posibilidades y realizaciones. No se ha limitado a analizar las obras culminantes inspiradas en la leyenda órfica —Lope, Solís, Quevedo, Jáuregui, Pérez de Montalbán, Bernaldo de Quirós, Cáncer—, sino que recoge también buen número de alusiones en que el nombre del cantor de Tracia es utilizado como lugar común en los panegíricos de poetas, o como simple recurso para la rima. Nos da a conocer, además, tres obras inéditas que publica en los apéndices, entre ellas un bellissimo auto sacramental de Calderón, el *Auto del divino Orfeo*, distinto del ya conocido del mismo título, que sin duda alguna hay que incluir desde ahora entre los mejores del autor. Sólo por esto, el trabajo de Cabañas merecería ya ser recibido con gratitud y aplauso, y justificaría sobradamente el premio “Menéndez Pelayo” que le ha sido otorgado. El libro que comentamos no es, sin embargo, una labor de acarreo que pone en presencia del lector y al alcance de su mano unos ficheros repletos de noticias interesantes: en este caso, lo guardaríamos simplemente para consultarlo por sus índices cuando la ocasión nos llevase a servirnos de la benemérita y paciente erudición de su autor. Pero el libro de Cabañas

se lee con agrado, y nos deja después de su lectura —por encima de los datos, a menudo nuevos, con que está construido— la idea de un desarrollo orgánico del mito legado por la antigüedad clásica, y que por eliminación de ciertos elementos y amplificación de otros, se transforma y reelabora en manos de nuestros escritores, hasta el punto de permitirnos atisbar algunas conclusiones generales, no ya sobre el mito en sí, sino sobre la manera hispana de apropiarse, interpretar y moldear de nuevo los grandes temas poéticos que el Renacimiento incorporó a nuestra tradición literaria. Aunque no conozco suficientemente todas las repercusiones del mito órfico en las demás literaturas del occidente europeo, me atrevería a afirmar, después de leído el libro de Cabañas, que en ninguna de ellas ha tenido transformaciones —o si se quiere deformaciones— tan radicalmente originales como en la española.

Según las conclusiones de Cabañas, la fuente esencial de que partieron nuestros escritores fué la IV *Geórgica* de Virgilio; también Ovidio, si bien con muchas limitaciones, suministró algunos elementos. En cambio, nada se debe directamente a los griegos. Una vez incorporado a las letras españolas, el mito mantiene algunas constantes temáticas más o menos modificadas (fidelidad amorosa, intervención de los agüeros, curiosidad, desgracia, seducción por la música), y se relaciona con otros que ofrecían con él alguna semejanza, especialmente con el de Anfión. En ciertos autores del siglo XVIII, estos contactos llegaron a ser confusión de unos mitos con otros. Hasta aquí, sin embargo, no pasamos del terreno de las variaciones que no significan una reelaboración fundamental del mito grecolatino, si bien algunas de ellas tienen positivo interés. El sentido de la leyenda clásica se mantiene en sus líneas generales. Pero el mito llega a ser popular, y con ello deja campo libre a las interpretaciones cuyas posibilidades habían de extraer los escritores barrocos. Por una parte, cuando ya el Olimpo no se toma en serio, la fidelidad del marido que va a buscar a su mujer hasta el mismo infierno se prestaba a la visión burlesca: Quevedo, Bernaldo de Quirós, Cáncer, son muestra de esta deformación en caricatura. Por otro lado, la suprema dignidad de la leyenda órfica propendía a su utilización alegórica “a lo divino”, al igual que otros mitos clásicos (Jasón, Pan, etc.), y Calderón compuso dos magníficos autos sacramentales con el título de *Auto del divino Orfeo*, uno de ellos bien conocido; el otro exhumado ahora por la buena diligencia de Cabañas. Casi simultáneamente ha publicado Cabañas en volúmenes aparte una edición del *Orfeo* de Jáuregui y otra del *Orfeo en lengua castellana*, libro polémico impreso a nombre de Pérez de Montalbán, aunque hay, en opinión de Cabañas, motivos muy fundados para pensar que su verdadero autor fué Lope de Vega. Ambas ediciones establecen cuidadosamente el texto primitivo, y anotan con precisa minuciosidad las variantes de las reimpressiones.

SAMUEL GILI GAYA

Madrid.